

Political Correctness: entre el pluralismo cultural y el multiculturalismo

Nelson Arteaga Botello¹

INTRODUCCIÓN

EL TEMA DE LA *political correctness* (PC) o corrección política ha sido una cuestión que en los últimos diez años ha venido convirtiéndose en el centro de atención de la reflexión social, en particular en Estados Unidos –aunque no exclusivamente, como se verá más adelante. La discusión ha estado caracterizada por la propia ambigüedad del término y la mezcla de tendencias políticas a favor o en contra. Si bien el término hace su aparición a mediados de los ochenta (Berry, 1996), su origen se remonta a cierto lenguaje utilizado por la izquierda estadounidense de los sesenta, que se vinculó estrechamente con el movimiento de los derechos civiles y, poco después, con las reivindicaciones sociales de las minorías sexuales y étnicas.² Es en las



¹ Profesor-investigador de la Facultad de Ciencias Políticas y Administración Pública de la Universidad Autónoma del Estado de México.

² La presencia del término puede ser rastreada en la década de los sesenta; sin embargo, si bien es cierto que se consolidó en los siguientes años, no fue sino hasta los noventa que se volvió el centro de la atención pública y de los medios de comunicación en Estados Unidos (Hollander, 1994).

universidades de Estados Unidos donde el uso de la *PC* tiene una presencia importante. Su influencia en la transformación de la currícula educativa a mediados de los ochenta es una muestra patente de ello; su utilización pretendía abrir las ciencias a nuevas perspectivas, fuera de lo que tradicionalmente se ha denominado como el canon occidental –llamado así por su supuesta carga eurocéntrica, etnocéntrica, masculina y heterosexual. La *PC* es interpretada, en este sentido, como la respuesta de una débil pero importante generación de estudiantes y profesores estadounidenses a un contexto institucional dominado, en aquel tiempo, por el pensamiento conservador. Ciertamente, como lo ha señalado un estudio de Lipset (1992), la derecha ejerció, durante buena parte del siglo pasado, un importante control sobre el acceso a y la currícula en las universidades estadounidenses regulando, incluso, el ingreso de ciertos grupos sociales; sin embargo, a partir de los sesenta las universidades viven un proceso de “izquierdización” permanente –exceptuando quizá la era Reagan– que lleva a consolidar a la *PC* –aunque en la actualidad, paradójicamente, esta tendencia ejerce el mismo grado de control y represión que antes la derecha (Lipset, 1992). Algunos investigadores (Takooshian y Rieber, 1996) han realizado algunas críticas a la *PC*, a la cual caracterizan como profundamente coactiva de la libertad de investigación, rabiosamente anticuantitativa, proizquierdista y anticientífica. En general, en un amplio sector universitario estadounidense se pueden localizar voces más o menos en el mismo sentido, las cuales argumentan que en la actualidad la *PC* ha sido reducida a una etiqueta lingüística: coarta la libertad de expresión y la tolerancia, y se trata de una estrategia de pensamiento que genera juicios de valor fundados en una ideología que no necesariamente puede ser considerada como liberal (Kelly y Rubal-López, 1996).

De esta forma, varios han sido los investigadores que han manifestado los peligros de la *PC* en la definición de los programas de investigación y en las investigaciones mismas (Balch, 1992; Crandall, 1996). Ello ha generado una serie de trabajos en torno al papel que juega en la práctica médica (Lister, 2000; Boulos, 2000; Gross, 2001) y en la investigación sobre la patología de ciertos virus (Rushton, 1996). La *PC* se ha constituido también como objeto de estudio en diferentes áreas de la investigación económica y social; son los casos de los análisis de O’Keeffe (2000) sobre el comportamiento económico de los agentes; de Humphries (2000) en el área del trabajo

social; de la política en tiempo de elecciones (Rossiter, 1998); o del comportamiento de los individuos frente a determinados grupos (Van Boven, 2000; Barker, 1994), donde se ha mostrado, por ejemplo, que las personas tienden a ser mucho más políticamente correctas en los espacios públicos que en los privados.

Como objeto de análisis, las críticas más fuertes a la *pc* vienen desde el psicoanálisis, que la vincula con un rechazo de la autoridad paterna y la adopción de una concepción de la autoridad ligada más bien con la madre. La relación con la figura paterna reflejaría el anclaje al principio de realidad, mientras que la vuelta a la autoridad materna significaría el rechazo a esa misma realidad externa, que es lo que al final de cuentas representa la utilización de la *pc* (Schwartz, 1997). Desde la sociología, por su parte, algunos estudios han mostrado la presencia de una cierta ética puritana y al mismo tiempo liberal en las personas que hacen uso de ella (Trenton, 1997). Sin embargo, los planteamientos más críticos alrededor a la *pc* se refieren, sin duda alguna, a la reflexión en torno a las implicaciones teórico-sociales en las ciencias humanas. Si bien es posible acogerse a las críticas más duras —que consideran que el término en la actualidad ha sido banalizado y trivializado en una palabra que empequeñece las nociones de tolerancia e imparcialidad (Berry, 1996)—, su utilización en una amplia esfera, no sólo académica, sino también pública —medios de comunicación, discursos políticos, reglamentos jurídicos— la convirtió en una de las discusiones más importantes de fines de la década de los noventa.

Su presencia ha sido vinculada, de alguna forma, a la consolidación de cierta corriente multiculturalista (Gordy y Dunn, 1996); con todo, hay quienes consideran importante distinguirla de ella de alguna forma, particularmente por las implicaciones negativas que la *pc* puede generar al ocultar el conflicto y la expresión diversa de los distintos grupos sociales (Kelly y Rubal-López, 1996); otros, por su parte —más allá del debate sobre el multiculturalismo— creen que es necesaria su redefinición en la promoción de la comunicación y el tratamiento de la diferencia social e individual (Riotta, 1992; Chabot, 1996; Bello, 1996). Lo cierto es que, independientemente de las posibles consideraciones más o menos positivas que se puedan emitir alrededor de la *pc*, existe un importante número de investigadores, estudiantes e ideólogos que le manifiestan un claro rechazo, lo que puede interpretarse como un endurecimiento del diálogo científico

y, como lo apunta Bello (1996), como un síntoma del incremento de los prejuicios en la discusión académica. La toma de distancia es, por tanto, necesaria; conviene por ello conceptualizar la discusión con el objetivo de comprender el contexto teórico que la hace posible, y ello sólo es viable si ubicamos a la PC como una manifestación particular del posmodernismo (Gordy y Dunn, 1996).

POSMODERNIDAD Y *POLITICAL CORRECTNESS*

En la ciencia, la filosofía y el arte, la posmodernidad critica las ideas de objetividad, razón y vanguardia, pues cada una, a su entender, remite a un origen que se consideraba perdido, erróneamente interpretado por el científico, el filósofo, el artista y el escritor. Cada uno, en su espacio experimenta tratando de regresar al origen para, desde ahí, volver a caminar sin perder el verdadero sentido de lo que se busca. La PC trataría, en todo caso, de refundar los espacios sociales, individuales, psicológicos y racionales que caracterizan a los sujetos, reinsertándolos fuera de la visión moderna –científica, filosófica y estética– que les ha sido adjudicada y colocándoles una atribución lingüística pretendidamente adecuada. En este sentido, la PC trata de realizar una crítica desde los presupuestos teórico-metodológicos sobre los que se ha fundado la sociología, la filosofía y el arte: las ideas de la razón, de la masculinidad y del etnocentrismo –sobre el cual se construyen las pretendidas desigualdades de conocimiento, género y realidad–, deben de criticarse con el fin de refundar el sentido del mundo, instituyendo un lenguaje que otorgue un pretendido “lugar justo”, sin discriminación y más igualitario, a los miembros de una sociedad. Sin embargo lo anterior, como se verá, no siempre resulta tan simple. En la estrategia instrumentada por la PC existe una paradoja: en su crítica al *logo-falo-centrismo* busca, al igual que la modernidad, imponer un nuevo canon en el uso del lenguaje para “corregir” aquello que se considera como políticamente incorrecto, lo que se encuentra fuera de lo que se debe pensar, de lo que se debe decir. La contradicción, sin embargo, no debe sorprender. Fuertemente vinculada a la posmodernidad, tanto en su carácter de reacción como de resistencia, la PC no se escapa de la dinámica de la significación del mundo –por “los juegos del lenguaje”–, olvidando así las condicionantes sociales que se esconden detrás de ella.

LAS ESTRATEGIAS DEL LENGUAJE

No debe sorprender que el *boom* de la PC se haya dado a la par que el momento más candente del debate en torno a la modernidad y la posmodernidad, aunque su presencia en las ciencias sociales no se hubiera manifestado sino hasta más tarde, a principios de los noventa. En el desencanto ideológico de los ochenta no resultó inesperado que el viraje de cierta “izquierda” estadounidense hacia el lenguaje respondiera a un mecanismo de resistencia frente a un principio de realidad que, incluso, el propio reaganismo confirmaba. La PC utiliza, en este sentido, medios utilitarios para alcanzar finales utópicos y ello se debe a que, en general, la perspectiva posmoderna a la que se encuentra ligada confunde los medios con los fines (Drury, 1996). Es por ello que la PC se ha convertido en una especie de “ortodoxia progresista” en una cantidad representativa de universidades estadounidenses; aunque designar con una nueva palabra un estado de cosas no cambia necesariamente la realidad. Los ejemplos pueden ser variados: “abusadores de ciertas sustancias” por *yonquis*; “disminuidos psíquicos” por *subnormales*; “personas no vivas” por *muer-tos*; “personas de color” por *negros*, *afroamericanos* o *gente de color*; “gente pequeña” por *enanos*; “paciente que come en exceso” por *gordo*; “magrebíes” por *moros*; “individuos de etnia gitana” por *gitanos*.³ Las expresiones denotan la pretensión de un cambio en la realidad por un giro lingüístico, como si las palabras, por fuerza propia, cambiaran el sentido de aquélla. Cierta lectura posmoderna del postestructuralismo es responsable, sin duda alguna, de esta creencia.

Basados en una idea absurdamente simplificada de que el lenguaje produce realidades –porque todo texto está cruzado por un saber-poder y, por tanto, mantiene un nexo con la política y la cultura hegemónica–, algunos seguidores de la PC, por ejemplo los de izquierda, creen necesario la puesta en marcha de un mecanismo de guerra lingüístico explícitamente conectado con un saber-poder propio, alejado del canon occidental –fálico, eurocéntrico, etnocéntrico y heterosexual– que tenga como objetivo “desalienar” la vida de ciertos sujetos y grupos, otorgándoles un espacio digno en la diversidad social.

³ Los ejemplos aquí citados fueron obtenidos de Hughes (1994), Riotta (1992), Muñoz (2000) y Rodríguez (1998).

PC Y PUBLICIDAD

Fuera del ambiente universitario estadounidense la PC no deja de expandirse bajo una forma quizás más sutil, pero no menos fuerte. Desde la óptica de la rentabilidad económica, la PC ha tomado a los medios de comunicación por asalto. El axioma es simple: para vender bien se requiere evitar cualquier interpretación sexista, etnocéntrica, eurocéntrica y racial de aquello que se ofrece al público. El multiculturalismo, decantado por la PC, deviene en principio rector. Los productos son anunciados como consumibles por amplios sectores: en un comercial de cierta bebida refrescante, de ropa, de teléfonos móviles, automóviles, tabaco, alcohol, comida, por mencionar sólo algunos ejemplos, aparecen rostros con diferentes rasgos raciales y color de piel, de distinta etnia y religión e, incluso, sin preferencia sexual definida, todos ellos ubicados en distintos lugares del mundo. Nadie queda excluido, ello sería políticamente incorrecto. La sociedad contemporánea, para expoliar sus graves problemas de desigualdad, marginación, exclusión, racismo y miedo a la indiferencia utiliza la publicidad para, como diría Baudrillard (1985, 1975), consumir y exhibir su propia imagen; imagen que por desgracia no necesariamente refleja la realidad. Eso, sin embargo, no importa. Lo que resulta relevante para la construcción de la imagen publicitaria, cultural y política es que todos se sientan incluidos, que la mayoría aparezca dentro de los objetivos de las cámaras, como verbos del lenguaje social. En todo caso, el resultado no ha dado lugar a la encarnación de una sociedad más igualitaria, sino a la entronización del pastiche multicultural y a la producción de una cierta esquizofrenia social. Efectivamente, desde el momento en que la PC pone, en los ámbitos publicitarios de diverso tipo, a todas las razas, todos los colores, todos los sexos permanentemente en un mismo plano —el de la pantalla— libera a estos grupos de su significado en el conjunto de las relaciones de las fuerzas sociales, los descontextualiza de su historia y, por tanto, los sustrae del futuro, los transforma en eterno presente; en pocas palabras, los convierte en un significativo vacío de significado.

Los efectos de una pretendida PC progresista se disuelven en la atmósfera de las imágenes diarias; ya no es un movimiento, es un espíritu de época, un aire del tiempo (Rodríguez, 1998). Su presencia tiende a difuminarse como la propia revuelta posmoderna de los

ochenta, su efecto de “moda intelectual” deja paso a la resaca intelectual; como lo apunta Bell (1993: 34) con respecto a la estrategia deconstructiva de cierta lectura derridiana: “Su énfasis en un conjunto independiente o contradictorio de diferencias internas en un texto, más que en la relación con la realidad externa, acaba a menudo en una serie *logorreica* de juegos de palabras”. Como señalaba la propia crítica posmoderna de la modernidad –cuando decía que de ésta sólo se tenía un triunfo pírrico y sólo sus consecuencias seguían en marcha–, de la posmodernidad se puede decir lo mismo. Su embate contra los principios de la Ilustración y el gran canon ha sido demoledor, ciertamente ha triunfado, pero no así los principios que la motivaban a actuar, por lo que ahora sólo tenemos sus consecuencias, con un obvio resultado: la posmodernidad fuera del proyecto de la posmodernidad. La *pc* es quizás el efecto más visual de este proceso; su construcción se inserta en una dinámica amplia de producción de “juegos de lenguaje” –la imagen no sería más que otra forma de estos últimos–, se vuelve un fin en sí mismo y se convierte en el nuevo principio de realidad. Los corsés que imponía la vieja estilística moderna son ahora sustituidos por los nuevos principios posmodernos.⁴

PC Y MULTICULTURALISMO

Sin embargo, en esta vorágine de la *pc* que todo lo incluye y al mismo tiempo lo separa, ciertos grupos ya no se reconocen en esa Babel de sexo, colores y texturas de piel; reclaman para sí la posibilidad de resignificarse a sí mismos, de interponer su propia identidad frente al vértigo de imágenes y discursos que los ponen en la palestra, combinados con otros grupos, diluidos en la pluralidad, igualados unos con otros. Reclaman su propio espacio, un lugar especial en el texto social. La ideología de la multiculturalidad engarza perfectamente, entonces, con la *pc*. El vértigo del lenguaje se expande. Como lo apun-

⁴ Quizás un efecto en este sentido sea, por ejemplo, la en su tiempo revolucionaria publicidad impulsada por Benetton que, una vez que ha sido digerida y aceptada de alguna u otra forma por el público -incluso por quienes la rechazan-, genera una ola de publicidad que se aleja de alguna u otra forma del “carácter hermosoante -al servicio de elevar las marcas a un universo ideal donde cada una de ellas habita en el mejor de los mundos posibles- que ha caracterizado a la publicidad durante décadas” (Caro, 1994: 203).

ta Riotta, “el derecho a la palabra de quien está fuera de la comunidad se pone más bien en entredicho” (1992: 23); el significante atribuido del exterior es sustituido por otro significante, y cuando éste seguramente se agote por su uso expansivo en los medios de comunicación y en los discursos políticos, entonces habrá necesidad de imponer otro, en una dinámica que puede llevar al infinito. La pureza del grupo debe ir acompañada con la purificación del lenguaje, de las imágenes que utiliza, de los símbolos en los que se reconoce. El multiculturalismo radical militante y la PC se cruzan aquí porque uno y otro se preocupan hasta la saciedad por el problema del *sentido*, por la cuestión de las relaciones lingüísticas en la definición de la identidad. La idea de que sólo los negros pueden hablar de los negros, los blancos de los blancos, las mujeres de las mujeres, los homosexuales de ellos mismos, al igual que los indígenas, desemboca en la autodestrucción y en la creación de comunidades culturalmente homogéneas que profundizan la desigualdad y la diferencia (Touraine, 1995); todo ello, paradójicamente, en un mundo que, en el ámbito político y de los *mass media* se dibuja, por el contrario, como integrado y plural.

PC Y NUEVO INDIGENISMO

La ideología de la diferencia —principio del pensamiento más conservador—, se transforma en arma estratégica de la izquierda. Un ejemplo puede servir para ilustrarlo: el discurso del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) en México. Este movimiento ha puesto en uso una serie de términos “políticamente correctos”: respeto a los usos y costumbres, indigenismo, cultura indígena, tradiciones, comunidad y pueblos; todas estas palabras remiten a la idea de “naturalidad”, que pretende ubicar y distinguir a un grupo social. Como lo señala José Antonio Aguilar:

La izquierda históricamente ha tendido a exaltar más lo que convierte a los hombres en iguales respecto de lo que los convierte en desiguales. La ideología del EZ, en palabras de su vocero, tiende precisamente a exaltar las diferencias y a minimizar las semejanzas esenciales. Suplantar a la igualdad por la diferencia como valor sólo empobrece nuestro vocabulario ético [...]. Hasta hace poco pensábamos que las distinciones

étnicas, de religión, de lengua no eran criterios válidos para discriminar a las personas. El discurso neoindigenista busca hacerlas otra vez relevantes. Su lucha es, paradójicamente, por la discriminación. Y esta ideología es, por ello, reaccionaria. El predicamento –extravió– de la izquierda no es exclusivo de México. El discurso zapatista se encadena con corrientes que en otras latitudes han adoptado posiciones similares [...]. En lugar de pensar cómo formar mayorías, recluta grupos minoritarios creyendo que éstos se amalgamarán por arte de magia [...]; la “toma de conciencia sobre la cuestión indígena” que se le atribuye al EZ tiene muchos rasgos de nativismo esencialista [...]. Según Marcos, “este debe ser el siglo de las diferencias, y sobre esas no sólo se pueden reconstruir naciones sino realidades, el mundo” (2001: 23).

El movimiento zapatista, en particular sus dirigentes y simpatizantes, llevan a cabo una interpretación de la realidad a partir de una visión fragmentada de la sociedad mexicana. En el ámbito internacional, sin embargo, esto no es algo nuevo: el multiculturalismo ha conducido a cierta “ghettización” de los grupos sociales pero, sobre todo, a imponer un lenguaje y una retórica de la diferenciación.

A MANERA DE CONCLUSIÓN

La PC, como gran e importante elemento del movimiento posmoderno, llama la atención sobre los artilugios de la retórica o, como lo señala Jacques Bouveresse, sobre los vértigos de la metáfora; más aún, construye una serie de espacios de producción y, por ende, de control del discurso social –académico, político y moral en general. Sus poderes se multiplican cuando se cruza con el vértice de la propuesta multicultural, que ve en la objetivación de la diferencia social la constitución de las relaciones sociales. Sus efectos son, sin duda alguna, contrarios a sus propios fines. Si bien se encuentra circunscrita a un espacio intelectual muy localizado, no deja de tener réplicas particulares en el contexto europeo o de América Latina. ¿Es posible, en todo caso, no caer en ella? El juego de poderes que produce la estrategia lingüística de la PC sólo puede revertirse si se distingue y analiza la diferencia social no como el resultado del reinado del significante, sino como el producto de la modernidad económica y cultural. El capitalismo, como lo apunta Harvey (1992), es una máquina de frag-

mentación social y sus efectos modifican y transforman –que no eliminan– las identidades individuales y sociales. La construcción de culturas y mundos específicos pasa, en este sentido, por reconocer este proceso y no por el de constituir las identidades en el mundo de los “juegos del lenguaje”. Ello implica la construcción de un referente basado en un pluralismo cultural frente a la fragmentaria visión de la propuesta multicultural (Touraine, 1995).



BIBLIOGRAFÍA

África Vidal, María del Carmen

- 1989 *¿Qué es el posmodernismo?*, Secretariado de Publicaciones de la Universidad de Alicante, Alicante, España.

Aguilar Rivera, José Antonio

- 2001 “La izquierda y la ilusión zapatista”, *Nexos*, núm. 280, abril, México D.F.

Balch, Stephen

- 1992 “Political Correctness or Public Choice?”, *Educational Record*, vol. 73, núm. 1, pp. 8-11.

Ballesteros, Jesús

- 2000 *Posmodernidad: decadencia o resistencia*, Tecnos, Madrid.

Barker, Kathleen

- 1994 “To Be PC or Not to Be? A Social Psychological Inquiry into Political Correctness”, *Journal of Social Behavior and Personality*, vol. 9, núm. 2, pp. 271-281.

Baudrillard, Jean

- 1985 “El éxtasis de la comunicación”, en Hal Foster (comp.), *La posmodernidad*, Kairós, Barcelona.

- 1975 *El sistema de los objetos*, Siglo XXI, México D. F.

Bell, Daniel

- 1994 *El advenimiento de la sociedad postindustrial*, Alianza Universidad, Madrid.

- 1993 “Las guerras culturales en USA, 2 (1965-1990)”, en *Claves de la razón práctica*, núm. 33, pp. 74-85.

- 1990 *Las contradicciones culturales del capitalismo*, Alianza Editorial-Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, México D. F.

Bello, Richard

- 1996 “A Burkeian Analysis of the ‘Political Correctness’ Confrontation in Higher Education”, *Southern Communication Journal*, vol. 61, núm. 3, pp. 243-252.

Berry, Bonnie

- 1996 “The Vandalism and Violent Demise of Political Correctness”, *Quarterly Journal of Ideology*; vol. 19, núms. 3-4, pp. 23-33.

- Boulos, G.
 2000 "Language, Fairness, and the MRCPG Examination. Political Correctness Going Too Far", *British Medical Journal*, vol. 320, núm. 7244, pp. 430-444.
- Calinescu, Matei
 1991 *Cinco caras de la modernidad: modernismo, vanguardia, decadencia, kitsch, posmodernismo*, Tecnos, Madrid.
- Caro, Antonio
 1994 *La publicidad que vivimos*, Eresma & Celeste, Madrid.
- Chabot, David
 1996 "Political Correctness. Contributing to Social Distress?", *Journal of Social Distress and the Homeless*, vol. 5, núm. 2, pp. 143-147.
- Crandall, Rick
 1996 "Eschew Obfuscation in Discussing Political Correctness", *Journal of Social Distress and the Homeless*; vol. 5, núm. 2, pp. 149-153.
- Derrida, Jacques
 1989 *La escritura y la diferencia*, Anthropos, Barcelona.
- Drury, Shadia
 1996 "Political Correctness and the Neoconservative Reaction", *Interchange*, vol. 27, núm. 2, pp. 161-172.
- Foster, Hal
 1985 "Introducción al posmodernismo", en Hal Foster (comp.), *La posmodernidad*, Kairós, Barcelona.
- Gordy, Steve y Dana Dunn
 1996 "Discerning the Postmodern Spirit in Political Correctness. A Reprise of Kelly and Rubal-López", *Journal of Social Distress and the Homeless*, vol. 5, núm. 2, pp. 155-159.
- Gross, P.
 2001 "How Political Correctness is Corrupting Medicine", *Commentary*, vol. 111, núm. 3, pp. 66-79.
- Habermas, Jürgen
 1989 *El discurso filosófico de la modernidad (doce lecciones)*, Taurus, Madrid.
 1985 "La modernidad, un proyecto incompleto", en Hal Foster (comp.), *La posmodernidad*, Kairós. Barcelona.

Harvey, David

- 1992 "El capitalismo: la máquina de la fragmentación", *Vuelta*, núm. 190, pp. 23-27.

Hollander, Paul

- 1994 "“Imagined Tyranny?” Political Correctness Reconsidered”, *Academic Questions*, vol. 7, núm. 4, pp. 51-73.

Hughes, Robert

- 1994 *La cultura de la queja*, Anagrama, Barcelona.

Humphries, J.

- 2000 "Political Correctness and Social Work", *British Journal of Social Work*, vol. 30, núm. 4, pp. 1107-1120.

Jameson, Frederic

- 1991 *El posmodernismo o la lógica cultural del capitalismo avanzado*, Piados, Barcelona.

- 1985 "Posmodernidad y sociedad de consumo", en Hal Foster (comp.), *La posmodernidad*, Kairós, Barcelona.

Kelly, Robert y Alma Rubal-López

- 1996 "Political Correctness and Multiculturalism: Who Supports it?", *Journal of Social Distress and the Homeless*, vol. 5, núm. 2, pp. 111-137.

Lipset, S. Martin

- 1992 "Political Correctness, Historically Speaking", *Educational Record*, vol. 73, núm. 1, pp. 678-691.

Lister, C.

- 2000 "Research Marked by Political Correctness", *British Dental Journal*, vol. 188, núm. 8, pp. 201-219.

Lyotard, Jean-François

- 1989 *La condición posmoderna*, Cátedra, Madrid.

- 1987 *La posmodernidad (explicada a los niños)*, Gedisa, Barcelona.

Muñoz, Benjamín

- 2000 *Theodor W. Adorno. Teoría crítica y cultura de masas*, Fundamentos, Madrid.

O’Keeffe, P.

- 2000 "Political Correctness and Public Finance", *Educational Studies*, vol. 26, núm. 4, pp. 98-107.

Riotta, Gianni

- 1992 "Political correct", *Claves de la razón práctica*, núm. 21, pp. 22-33.

- Rodríguez Ferrándiz, Raúl
 1998 "Political Correct y publicidad", en varios autores, *Actas del VIII Congreso Internacional de la Asociación Española de Semiótica "Miradas y voces del fin de siglo"*, vol. 2, Asociación Española de Semiótica, Granada, España.
- Rossiter, Penny
 1998 "Political Correctness and Australian Politics", *Political Expressions*, vol. 2, núm. 1, pp. 95-117.
- Rushton, Philippe
 1996 "Political Correctness and the Study of Racial Differences", *Journal of Social Distress and the Homeless*, vol. 5, núm. 2, pp. 213-229.
- Takooshian, Harold y Robert Rieber
 1996 "Introduction: Political Correctness and Social Distress in Academia: What's Old, What's New, What's Right, and What's Left?", *Journal of Social Distress and the Homeless*, vol. 5, núm. 2, pp. 99-109.
- Schwartz, Howard
 1997 "Psychodynamics of Political Correctness", *Journal of Applied Behavioral Science*, vol. 33, núm. 2, pp. 132-148.
- Touraine, Alain
 1995 "¿Qué es la sociedad multicultural?; falsos y verdaderos problemas", *Claves de la razón práctica*, núm. 56, pp. 176-185.
- Trenton, Thomas N.
 1997 "Generation X and Political Correctness. Ideological and Religious Transformation among Students", *Canadian Journal of Sociology*, vol. 22, núm. 4, pp. 27-36.
- Tschirgi, Dan
 2000 "Des islamistes aux zapatistes, la révolte des 'marginiaux' de la terre", *Le Monde Diplomatique*, enero, París, pp. 14-17.
- Van Boven, L.
 2000 "Pluralistic Ignorance and Political Correctness. The Case of Affirmative Action", *Political Psychology*, vol. 21, núm. 2, pp. 345-377.
- Vattimo, Gianni
 1997 *El fin de la modernidad*, Gedisa, Barcelona.